

Nº: 274

El planeta de los simios

CESAR MARTIN



Definitivamente en este mundo ya no hay nada sagrado. Los pequeños objetos de adoración adolescente que guardas celosamente en privado, convencido de que nunca serán masacrados por ninguna corporación multimillonaria camuflada de estudio cinematográfico, casa de discos o sponsor publicitario, son elegidos un buen día como objetivos a explotar, y antes de que te hayas dado cuenta los mocosos de media humanidad visten como aquel personaje de ficción que marcó tu vida o las pijas pastilleras de cualquier ciudad tararean una de tus canciones doradas, transformada de la noche a la mañana en el hit de moda por obra y gracia de un anuncio televisivo. Es algo que sucede continuamente, y que en ocasiones resulta muy difícil de encajar. Y bien, ahora que un himno inmortal como **“My Generation”** ha sido reducido a cenizas gracias al anuncio de un refresco, ¿cuál es la siguiente víctima elegida?, pues algo que yo no habría imaginado ni en un millón de años: ¡la saga de **“El Planeta de los Simios”**!

César Martín

El planeta de los simios

NO ME JUDAS SATANAS!! - 274

ePub r1.0
Titivillus 20.12.2022

Título original: *NO ME JUDAS SATANAS!!, publicado en Popular1 #274, agosto de 1996*
César Martín, 1996
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Los fans de **Ursus**, **Dr. Zaius**, **Cornelius**, **Zira** y compañía podemos ir preparándonos, porque la esencia de aquellos míticos films será triturada para fabricar otro **“Parque Jurásico”**. Si tenemos en cuenta que los juguetes que se comercializarán coincidiendo con el estreno del film comenzaron a fabricarse meses antes de que se iniciase el rodaje, es evidente que aquí los valores cinematográficos cuentan poco.



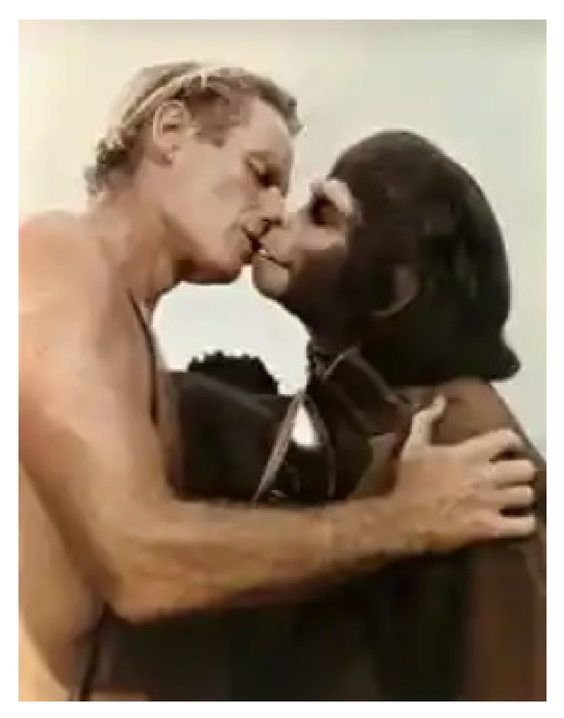
Si hay una película que no debería ser manoseada por estos tristes comerciantes actuales acostumbrados a fabricar los productos masivos de cada temporada, ésa es **“El Planeta de los Simios”** (68). No digo que la saga de los simios sea magistral e intocable, ni mucho menos, aquellas pelis tuvieron sus altibajos, y la última de la serie sin ir más lejos era bastante chapucera, pero están relacionadas con una época muy determinada, y tenían una estética y una atmósfera muy especiales. Por eso, deberían permanecer ahí, perdidas en el túnel del tiempo.

Cada cual tiene su visión de lo que significó **“El Planeta de los Simios”**, y evidentemente a todos no nos afectó del mismo modo. En mi caso puedo decir que sufrí un verdadero shock tras contemplar la peli original, y fue mi film favorito durante muchos años. El momento en que la cámara enfocaba por primera vez a los simios montados a caballo cazando humanos, con

aquella estridente música de fondo, me dejó trastornado durante una buena temporada. Todo en aquel primer film era mágico: el aspecto de los temibles gorilas, la interpretación de **Charlton Heston**, el concepto de una sociedad dominada por simios, los desolados parajes por los que deambulaban los tres astronautas tras su llegada a ese planeta desconocido que luego resultaba ser la Tierra, aquella sorprendente secuencia final con la Estatua de la Libertad sobresaliendo entre la arena de la playa… En fin, inmejorable.



Como era de esperar, las secuelas que vinieron después no alcanzaron el nivel de la primera película, pero todas ofrecieron buen entretenimiento. **“Beneath the Planet of the Apes”** (**“Regreso al planeta de los simios”**, 70) es la que más se acercó a la peli original, con la segunda y última intervención de **Heston**, y el majestuoso debut de un nuevo personaje: **Ursus**, el **Gene Simmons** de la saga de los simios, temible y carismático como pocos. **“Escape From the Planet of the Apes”** (**“Huida del planeta de los simios”**, 71) mostraba la situación a la inversa: las peripecias de unos simios inteligentes en un mundo de humanos, ofreciendo así nuevas posibilidades para explotar la trama inicial. **“Conquest of the Planet of the Apes”** (**“La rebelión de los simios”**, 72) fue la más polémica de las cinco, ya que el director estableció un paralelismo bastante escabroso entre los monos y la población negra estadounidense que escandalizó a mucha gente. Y la última, **“Battle For the Planet of the Apes”** (**“La batalla por el planeta de los simios”**, 73) resultó algo decepcionante, pero aunque el guion flojease podías entretenerte con las escenas de acción y el impresionante look de los gorilas guerreros.

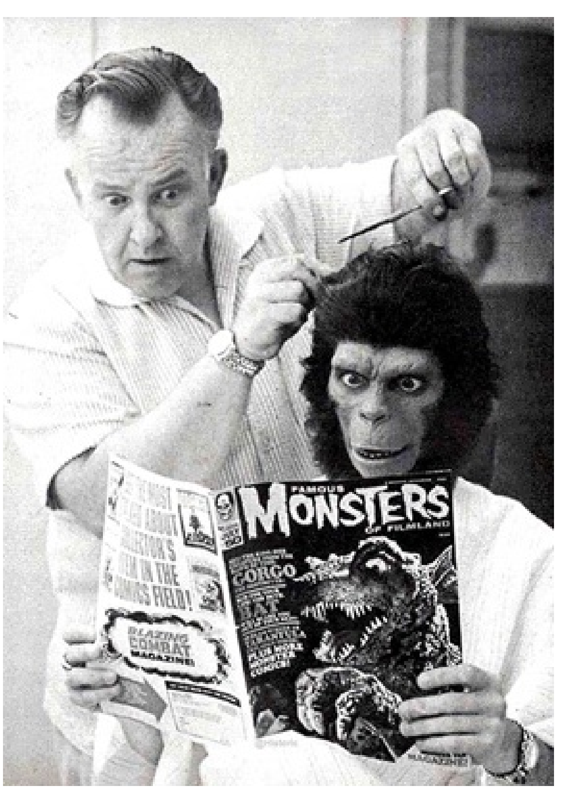


Los primeros films causaron un gran revuelo en todo el mundo, y se comercializaron cómics, juguetes, etc. Habrá quien piense que no existe entonces ninguna diferencia entre aquellas películas y cualquier superproducción sin alma, porque los responsables de los cinco primeros films también explotaron el filón comercial como pudieron. Falso. Les interesaba atraer a un gran público, por supuesto que sí, pero la saga de los simios no fue el típico producto de marketing nacido en un estudio, sino más bien la obra de un hombre tozudo y obstinado —el productor **Arthur P. Jacobs**— que tuvo que luchar contra viento y marea para ver su visión materializada, y que sacó adelante las cinco odiseas cinematográficas sorteando centenares de obstáculos. Luego, evidentemente, se puso a la venta merchandising de los films, pero incluso ahí demostraron tener gusto y clase. Los muñecos que se lanzaron se pueden considerar verdaderas joyas de la juguetería (hoy en día se pagan auténticas fortunas por cada uno de esos muñecos en los mercadillos), no eran baraturas para críos. Y los cómics tenían un encanto enorme.

Curiosamente, la fiebre llegó también a España, y se publicó una serie de cómics titulada **“El Planeta de los Monos”**, que en su momento nos alegró la vida a muchos. Uno de los grandes atractivos de **“El Planeta de los Simios”**, la película, es que jamás deja de sorprenderte. Pasan los años y sigues descubriendo nuevos matices que habías pasado por alto en su momento, o anécdotas que desconocías. Te enteras de que la idea original era situar la acción en… ¡Barcelona!, para aprovechar la arquitectura de Gaudí. Te das cuenta de que ese **Rod Serling** que firmaba el guion había sido el artífice anteriormente de una serie que en el futuro, gracias a la magia de las reposiciones televisivas, te marcaría para siempre: **“The Twilight Zone”**. Descubres el paralelismo entre humanos/simios y blancos/negros que colaron ahí, con toda la mala leche del mundo, los responsables del invento. Adviertes la conexión entre el Universo Simio y el salvaje mundo del S/M y el gay hard core (el cuero negro de los gorilas, su aspecto de castigadores…), e incluso vas un poco más lejos e intentas imaginar a un **Al Pacino** primate

protagonizando un remake de **“A la caza”** (**“Cruising”**) en tierra de monos y, sobre todo, analizas lo durísimo que debió ser rodar esos films, en especial para los sufridos actores caracterizados como simios.





Un mono disfrutando Famous Monsters of Filmland.

Todo empezó en 1963, cuando el productor **Arthur P. Jacobs** comenzó a tantear la posibilidad de rodar un film impactante en la línea de **“King Kong”**. Deseaba ofrecer al mismo tiempo espectacularidad y calidad, pero no quería limitarse a rodar un simple remake de la historia del gorila gigante. El descubrimiento de un libro titulado **“Monkey Planet”**, obra del escritor **Pierre Boulle**, fue todo lo que necesitó para comenzar a trabajar en el que iba a ser el proyecto más ambicioso de su vida.

La trama del libro era la siguiente: una pareja, **Jinn** y **Phyllis**, captan el mensaje de un periodista mientras viajan por el espacio. El tipo en cuestión, **Ulysee Merou**, explica en su comunicado que se embarcó en una expedición al año 2500 y fue a parar accidentalmente a un planeta dominado por simios, en donde los humanos eran mudos y se comportaban como salvajes. Allí, **Ulysee** entabló relación con una chica, **Nova**, y conoció a un matrimonio de chimpancés científicos, **Zira** y **Cornelius**. Tras muchas aventuras, el protagonista de nuestra historia logró huir de ese planeta acompañado por **Nova** y el hijo que habían tenido ambos, y volvió a la tierra, en donde fue recibido por la pareja que había captado su mensaje, que para su sorpresa eran… claro que sí, chimpancés.



Jacobs vio claro inmediatamente que ahí había una película potencial, y empezó a desvariar: ¡**Marlon Brando** sería el protagonista!, ¡**Ursula Andress** encajaría como un guante en el papel de **Nova**!, ¡cualquier estudio invertiría 10 millones de dólares en un film como ése destinado a reventar las taquillas! La cosa pintaba de maravilla, hasta que empezó a recibir negativas de todo el mundo. **Brando** no se interesó por la oferta y **Andress** tampoco lo vio claro. Entonces **Jacobs** probó con **Paul Newman** y **Burt Lancaster**, pero nuevamente obtuvo un no como respuesta. Su única baza era el interés del director **J. Lee Thompson** por el proyecto. Sin embargo, cuando ningún gran estudio se dignó en prestar atención a los planes de **Jacobs**, el pobre **Thompson** se vio obligado a abandonar la idea de rodar el film, por el simple hecho de que tenía que trabajar para comer (en el futuro se arrepentiría una y mil veces de haber tomado esa decisión, y de hecho intentarla enmendar su error dirigiendo la 4.ª y la 5.ª parte). De nuevo solo, **Jacobs** le habló de su futuro largometraje al director **Fritz Lang**, y éste aceptó enseguida la responsabilidad de dirigirlo. Pero siguió pasando el tiempo sin respuesta de ningún estudio que estuviese dispuesto a financiar el rodaje, y harto de tanta espera, **Lang** se bajó también de la nave.


Zira & Rod Serling.

Siguiente candidato: **Blake Edwards**. Con él, el asunto ya empezó a moverse. Llamó a su amigo **Rod Serling** y le pidió que se encargase de escribir el guion. Sus palabras textuales fueron: ***"No tendrás que preocuparte del dinero, va a ser un gran éxito"***, y **Serling** aceptó de inmediato, ya que era una buena oportunidad de hacer un capítulo de **"Twilight Zone"** con un presupuesto millonario. El libro de **Boulle** era interesante, pero lo que a

Serling le atraía del proyecto era dejar fluir su propia creatividad, y construir la sociedad primate a su estilo. Y así lo hizo. En el primer guion que escribió, el planeta de los simios se parecía mucho a la tierra, con rascacielos, coches y demás, pero existía el problema del dinero: edificar una ciudad artificial para rodar un solo film no entraba en los planes de ningún estudio, de modo que se desechó el concepto de una civilización primate moderna, y se empezaron a tantear sistemas alternativos para alojar a los monos, hasta que decidieron crear una ciudad primitiva con una estética más modesta. La anécdota cachonda de la elaboración del guion, es que **Jacobs** le regaló un saco de bananas a **Serling** para que se inspirase a la hora de trabajar, y éste rehízo el guión con los plátanos rodeando su máquina de escribir.

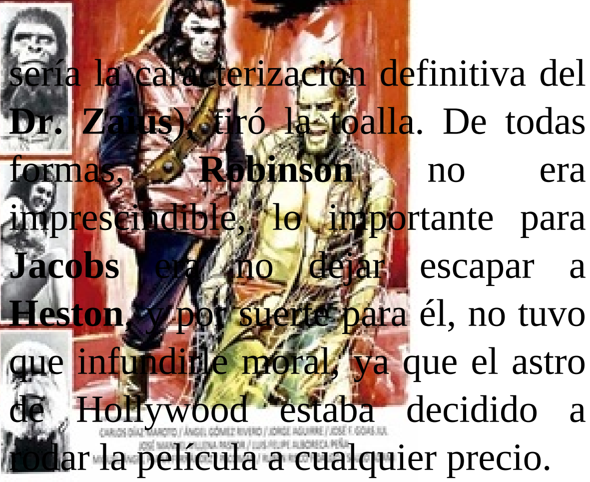
El productor empezaba a sentirse respaldado, **Edwards** y **Serling** eran dos buenos elementos para sacar adelante una película, pero todavía necesitaba actores de renombre y un estudio que pusiese el dinero. Tras las negativas de **Brando**, **Lancaster** y **Newman**, le planteó la oferta a **Rock Hudson**, pero el actor sentía claustrofobia dentro de la máscara de mono y no hubo trato. También se consideró la posibilidad de contratar a **Shirley MaClaine** para el papel de **Zira**, y una vez más tuvieron que conformarse con una respuesta negativa. Era un film demasiado arriesgado y extraño para la época, y sólo locos como **Edwards** o **Serling** confiaban en las fantasías de **Jacobs**. Aunque hasta el propio **Edwards** terminó por cansarse y le dejó plantado al descubrir que el único estudio que había considerado la posibilidad de rodar la película, Warner Brothers, acababa de echarse atrás. Ocurrió lo previsible: le pidieron un presupuesto a **Jacobs** y cuando el productor les informó de que serían necesarios siete millones de dólares para hacer el film, congelaron el proyecto en el instante.

Habían pasado dos años desde el inicio de esta odisea interminable, y el productor aún no tenía actores, ni director, ni un estudio para plasmar su historia en celuloide. **Sydney Pollack** se ofreció para dirigir la película, y **Jacobs** intentó convencer a los de Warner para que la rodaran con la mitad del presupuesto planeado, pero tampoco les pareció viable esa idea. La táctica era conseguir actores importantes que sirviesen de gancho para los grandes estudios. Le propusieron a **Peter Ustinov** hacer el papel de **Dr. Zaius**, y no hubo manera de convencerle. Pero en cambio la siguiente oferta cuajó de lleno. **Jacobs** le habló de su película a **Charlton Heston** y milagrosamente la superestrella hollywoodense decidió implicarse por completo en la aventura.

Con una figura tan popular, las posibilidades de ver materializado el proyecto se multiplicaron por mil. **Heston** tenía muchos contactos y podía

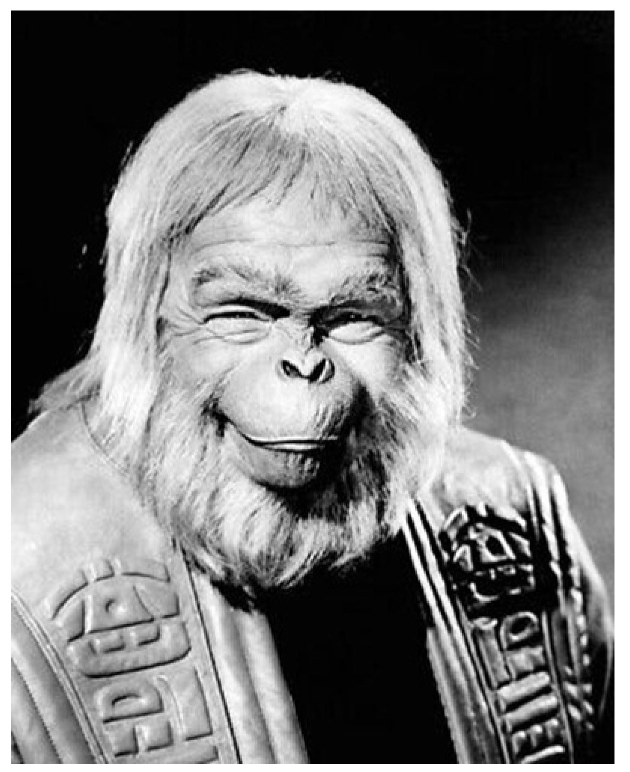
contribuir a acelerar el proceso de localizar los actores adecuados y el estudio dispuesto a invertir en el film. De hecho, lo primero que hizo **Heston** tras aceptar su papel, fue llamar a **Edward G. Robinson** para que interpretase el personaje del **Dr. Zaius**, y naturalmente le convenció sin problemas. **Jacobs** estaba en una nube. ¡**Charlton Heston** y **Edwad G. Robinson** como protagonistas!, ¿qué más podía pedir? Pero claro, su euforia había vuelto a cegarle. Pese a la buena voluntad de **Robinson**, la cosa no funcionó. El actor se asfixiaba dentro de la máscara de simio, se sentía aprisionado, y tras realizar unas primitivas pruebas de maquillaje (nada que ver con lo que sería la caracterización definitiva del **Dr. Zaius**), tiró la toalla. De todas formas, **Robinson** no era imprescindible, lo importante para **Jacobs** era no dejar escapar a **Heston**, y por suerte para él, no tuvo que infundirle moral, ya que el astro de Hollywood estaba decidido a rodar la película a cualquier precio.





Irónicamente, el hecho que precipitó la balanza en favor de **Jacobs** y **Heston**, y que les permitió iniciar de una vez por todas el maldito rodaje, no tuvo nada que ver con la película en sí. Resulta que los jefazos de la 20th Century Fox quedaron sorprendidos con el éxito que acababa de obtener el film de ciencia ficción **"Fantastic Voyage"** (**"Viaje alucinante"**, 66), y decidieron darle un voto de confianza a **"El**

Planeta de los Simios”. El apoyo de la Fox lo solucionó todo: ficharon a la preciosa **Linda Harrison** para que hiciese el papel de **Nova**, **Roddy McDowall** encarnó a **Cornelius**, **Maurice Evans** se metió en la piel del **Dr. Zaius**, eligieron como director a **Franklin J. Schaffner** y le encargaron a **Mike Wilson** que le diese algunos retoques al guion de **Serling**. La visión de un mundo dominado por simios que había plasmado **Serling** en el papel era demasiado sombría para contentar a audiencias masivas, y **Wilson** añadió un toque de humor en unas cuantas secuencias, además de rebajar un poco el dramatismo general del relato. Eso no colmó de felicidad a **Serling**, que para entonces ya había rehecho el guion dos veces a petición de **Jacobs**, pero aceptó lo inevitable.



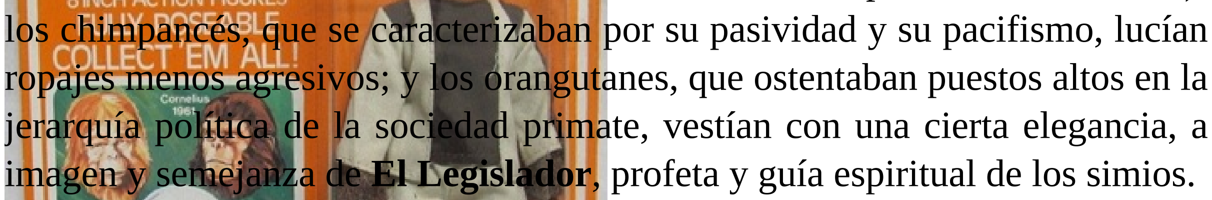
Dr. Zaius.

El gran problema al que se enfrentaba el equipo de rodaje a la hora de filmar una historia de estas características era conseguir que el público creyese que estaba viendo realmente a simios inteligentes, no a actores enfundados en disfraces al estilo **Ultraman**. Y eso no era sencillo, temían que la reacción de los espectadores al oír hablar a los monos por primera vez fuese de burla instantánea. Las primeras pruebas de maquillaje que se llevaron a cabo con **Edward G. Robinson** habían sido un completo desastre, el actor se asemejaba más a un freak intergaláctico que a un simio, así que esta vez debían probar técnicas diferentes. Descubrieron que el rostro de los orientales se amoldaba mejor a las máscaras que el de los occidentales, pero en lugar de reclutar a medio Tokyo para hacer de extras, siguieron perfeccionado las caracterizaciones hasta lograr que todo estuviese en su punto. El mago del maquillaje **John Chambers** (**“La isla del Dr. Moreau”**, **“Tiburón”**) asumió el reto de crear los rostros de todos esos gorilas, chimpancés y orangutanes que pasarían a la historia del cine, y para ello asegura que se inspiró en la imagen de **El León Cobarde** que diseñó **Jack Dawn** para **“El Mago de Oz”** (39). Su trabajo desde luego no pasó



inadvertido, y le proporcionó un bonito Oscar y el reconocimiento de la industria.

Otro asunto importante era diseñar los atuendos de los monos. Unas prendas sin gancho, vulgares, deslucirían el esfuerzo de los maquilladores. **Serling** era partidario de vestir a los simios con simples trajes occidentales, pero teniendo en cuenta que iban a situar la acción en desiertos y bosques, era más apropiado elegir uniformes con un toque más primitivo. A los gorilas les adjudicaron las vestimentas más espectaculares, con plástico negro simulando cuero, mallas marrones y altísimas botas (que, por cierto, se amoldaban al pie de los animales, con un dedo separado de los demás); los chimpancés, que se caracterizaban por su pasividad y su pacifismo, lucían ropajes menos agresivos; y los orangutanes, que ostentaban puestos altos en la jerarquía política de la sociedad primate, vestían con una cierta elegancia, a imagen y semejanza de **El Legislador**, profeta y guía espiritual de los simios.





Tampoco fue sencillo encontrar lugares adecuados para construir los poblados de toda esta pandilla. Barcelona fue una de las primeras opciones. Querían utilizar la estética de **Gaudí** y estuvieron a un paso de llenar nuestras calles de actores-simio, pero al final se inclinaron por un marco de fondo más desolado, con desiertos, cascadas y grandes bosques. Consideraron la posibilidad de rodar en Turquía, y se olvidaron del capricho cuando hicieron

Los cuatro astronautas antes de iniciar su viaje.

números y se dieron cuenta de lo que costaría semejante movida.

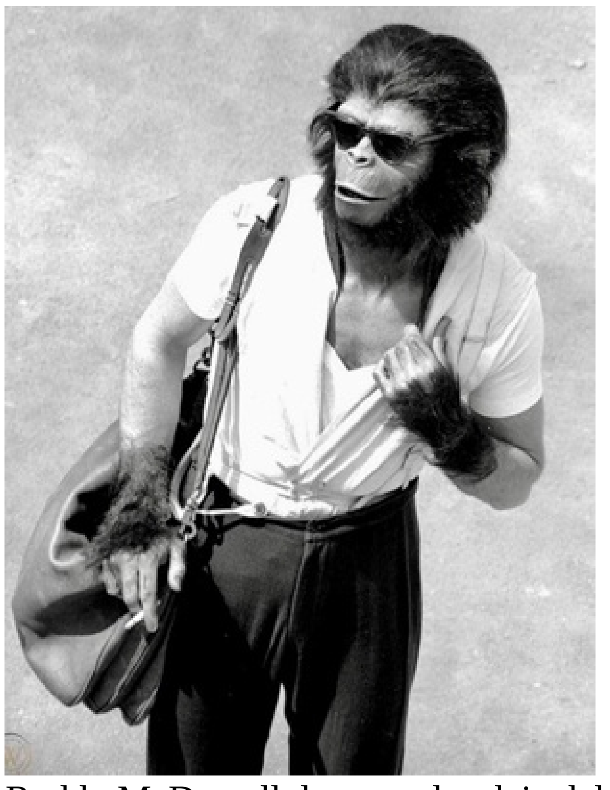
En realidad no era necesario irse tan lejos para encontrar los paisajes apropiados, la geografía norteamericana estaba plagada de lugares perfectos para situar una peli como ésta, y finalmente eligieron Arizona y Malibú para centrar la acción. Algunas escenas fueron especialmente problemáticas, como una filmación sobre una meseta, a la que se trasladó una parte del equipo en helicóptero, o la secuencia final de la Estatua de la Libertad medio enterrada en la arena que, aunque os cueste creerlo, fue rodada en la playa de Malibú. Precisamente ese secretismo final que desvelaba la clave de la historia, le complicó mucho la vida al encargado de diseñar la ciudad de los simios, **William Creber**, ya que estaba obligado a ocultar que el planeta en el que había aterrizado **Taylor** (**Charlton Heston**) era en realidad la Tierra. Los edificios y los decorados no debían parecerse en nada a nuestras ciudades y pueblos. ¿Logró **Creber** su objetivo?, yo creo que sí. Fue una gran idea darle un aire primitivo a los escenarios, en lugar de llenarlo todo de ordenadores y decorados futuristas. Aquellas casuchas de los simios, y los desiertos y bosques que rodeaban su ciudad, te descolocaban por completo. Era imposible adivinar que se trataba del futuro de la humanidad.



Stewart.

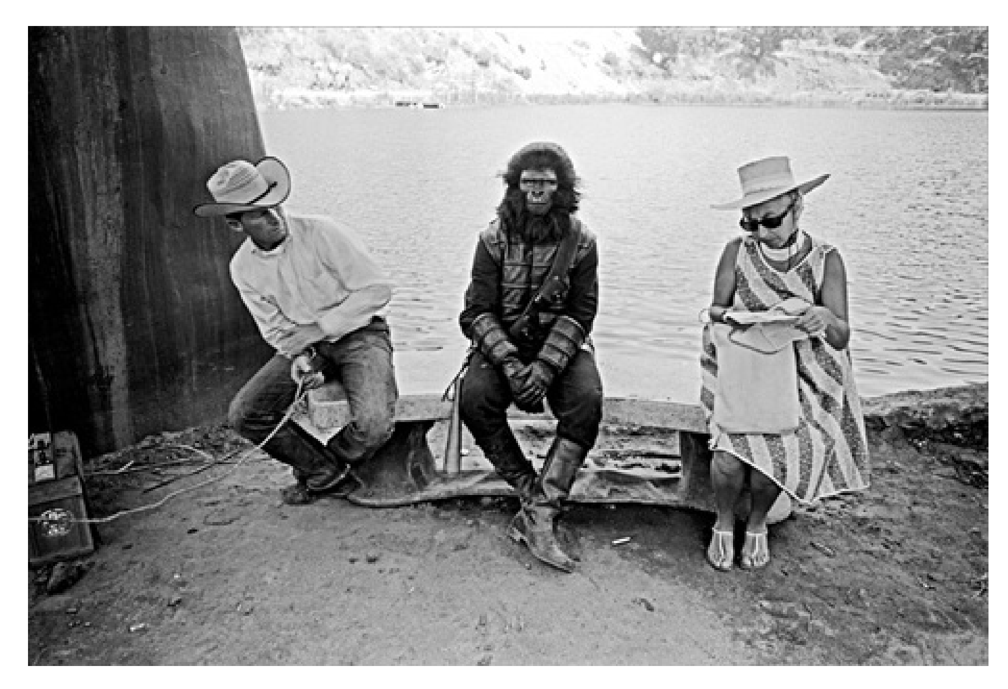
El guion definitivo que utilizaron para el film, se apartaba en muchos aspectos de la historia ideada por **Pierre Boulle** en su libro. Me imagino que todos habréis visto la película como mínimo una vez en la vida, pero por si a caso, la historia a grandes rasgos es ésta: cuatro astronautas salen de Cabo Kennedy en 1973 con dirección al futuro en una nave de la NASA (que en el film identifican con las siglas de ANSA) y aterrizan 2.000 años después en un planeta desangelado, aparentemente vacío. Son tres hombres (**Taylor**, **Landon** y **Dodge**) y una mujer (**Stewart**), destinada a convertirse en la **Eva** del futuro, por si la civilización ha quedado extinguida y es necesario engendrar

nuevos seres humanos. Una idea que ya esconde la primera putadita de los guionistas: ¿una mujer para tres tíos?, ¿por qué no dos parejas simplemente? Aunque no hay tiempo de que surjan tensiones sexuales: los cuatro astronautas han viajado al futuro hibernando en cápsulas especiales, y la desafortunada **Stewart** aterriza cadáver, ya que su cápsula se rompió durante el trayecto. Vale, la cosa empieza mal: tres tíos sin mujeres en un mundo desconocido y encima con problemas entre ellos, ya que sus caracteres no se complementan en absoluto. **Taylor** es un tipo decepcionado con la raza humana que aceptó esa misión para huir de la sociedad y **Landon** es un pobre ingenuo patriota que se embarcó en la aventura hacia el futuro por el bien de su país.



Roddy McDowall durante el rodaje del primer film.

La primera media hora del film es mi favorita: los tres astronautas caminando sin rumbo por esas tierras inhóspitas, hasta que se ven envueltos en una serie de escenas de confusión llenas de suspense que preceden a la primera aparición estelar de los reyes de la función: descubren a un grupo de humanos primitivos que corren alertados por un peligro inminente, y de pronto ahí están ellos, ¡los simios!, montados a caballo y cazando personas como si fuesen conejos. **Taylor** observa con impotencia cómo sus compañeros son tiroteados y finalmente él también recibe un tiro en la garganta que le impide hablar durante media película.

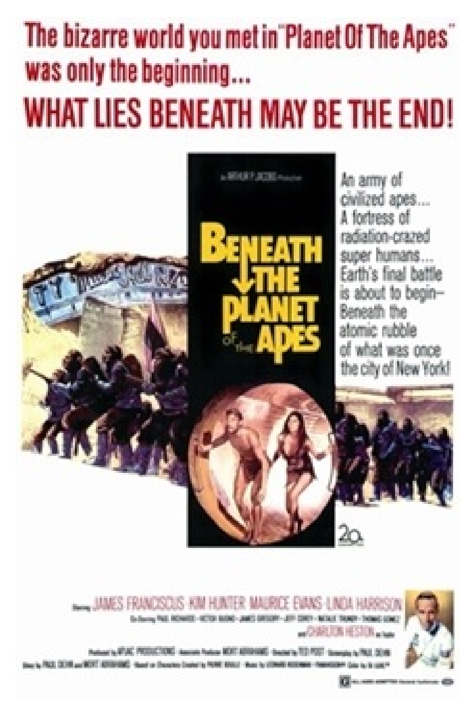




A partir de ahí, la tensión decrece, pero el ritmo del film sigue manteniéndote enganchado. **Taylor** es llevado al poblado de los simios y allí conoce a los científicos **Zira** y **Cornelius**, que se convierten en sus aliados, y al poderoso **Dr. Zaius**, que trata por todos los medios de negar la evidencia de que un ser humano puede razonar igual que un simio. También conoce y entabla relación con una hembra humana, **Nova**, que pese a moverse por instinto y ser incapaz de hablar, ve algo especial en **"Ojos Claros"** (así llaman a **Taylor**) y ya no se aparta de él en todo el film. El desarrollo de la trama, es el esperado: **Taylor** escapa de las garras de los simios con la ayuda

de **Zira** y **Cornelius**, y finalmente, la gran sorpresa, cuando ya se haya inmerso junto a **Nova** en la Zona Prohibida (un lugar remoto que los simios temen), descubre con horror la Estatua de la Libertad sobresaliendo de la arena de una playa y se da cuenta de que aquello es en realidad NYC, y que la civilización humana ha quedado extinguida por culpa del temido Holocausto Nuclear.

Paradójicamente, a esta excepcional película le salió una dura competidoraa en el terreno de la ciencia ficción, nada menos que **“2001: Una odisea del espacio”** (68). La mala suerte las hizo coincidir casi en el tiempo, lo cual podría haber eclipsado por completo a **“El Planeta de los Simios”** (no porque **“2001”** me parezca superior, comparar dos films tan diferentes sería una idiotez, pero a nivel de repercusión en los medios era evidente que el film de **Kubrick** lo iba a acaparar todo). **Jacobs** vio la amenaza sobre su cabeza y aceleró el proceso para que **“El Planeta de los Simios”** se estrenase antes.

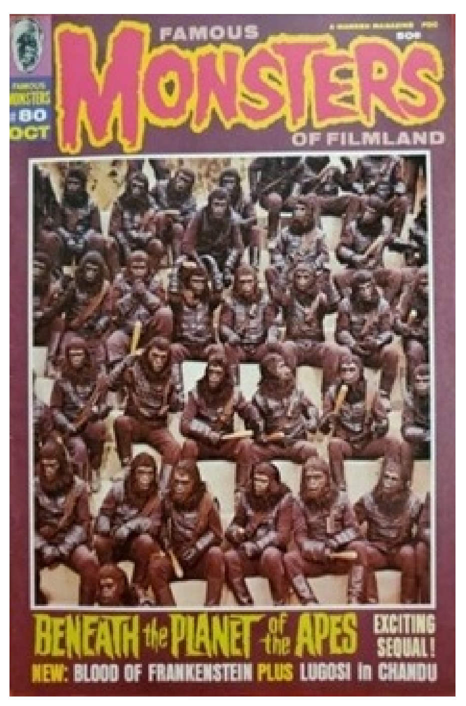




“Beneath the Planet of the Apes”.

La peli obtuvo el éxito merecido, y **Jacobs** se lanzó inmediatamente a preparar la segunda parte (**“Beneath the Planet of the Apes”**) con un nuevo director, **Ted Post**, y sin la intervención de **Roddy McDowall**, que necesitaba un pequeño descanso. Repitieron **Charlton Heston**, **Kim Hunter** y **Maurice**

Evans, y debutaron **James Franciscus** en el papel de **Brent** (otro astronauta humano que llega al planeta siguiendo la estela de **Taylor** & co.), y **James Gregory**, conocido entre otras cosas por el film **"The Manchurian Candidate"**, que encarnó a mi gorila favorito: el **General Ursus**, un villano hijoputa que por desgracia no volvió a aparecer en ninguna otra secuela de la saga.



La trama esta vez se complicó más de la cuenta con un tercer grupo de individuos en discordia: los mutantes, que para mi gusto estaban de más en la película. El nuevo astronauta desorientado, **Brent**, encuentra a **Nova**, y juntos se tropiezan con los dichosos mutantes, que tienen prisionero a **Taylor** en su cuartel general, situado en un complejo subterráneo que había albergado al metro de NYC en el pasado. El guión flojea a ratos, pero es fantástico contemplar las cortas apariciones de **Ursus**, además, claro está, de disfrutar de la compañía de **Taylor**, **Zaius**, **Nova** y **Zira**. El fantasma nuclear vuelve a hacer acto de presencia, esta vez en forma de una bomba que veneran los mutantes, y que termina haciendo añicos la tierra.



Los mutantes de “Beneath the Planet of the Apes”.



Teóricamente ese final no daba pie a ninguna continuación, se suponía que todos habían muerto, ¿no? Pues no. Los fabricantes de secuelas siempre encuentran la manera de enlazar una peli con otra, y aquí nos sorprendieron haciéndonos saber que **Zira**, **Cornelius** y otro chimpancé, el **Dr. Milo**, habían logrado escapar en una nave minutos antes de que el planeta explotase. **Kim Hunter** volvía a estar acompañada por su antiguo colega **Roddy McDowall**, y en el papel del **Dr. Milo** emplearon al mismísimo **Sal Mineo** (famoso por su papel de discípulo de **James Dean** en **“Rebelde Sin Causa”**, y por haber protagonizado episodios bastante escabrosos en su vida real). El presupuesto para esta tercera parte de la serie (**“Escape From the Planet of the Apes”**, dirigida por **Don Taylor**) iba a ser más modesto de lo habitual, ya que los tres monos aterrizaban en nuestro mundo actual, y por lo tanto no hacía falta caracterizar a centenares de extras ni preparar escenarios estrambóticos.



El morbo en esta ocasión era contemplar cómo recibían los humanos a tres simios inteligentes. **Milo** muere al poco de llegar, a manos del gorila de un zoo, y la pareja subsiste hasta las últimas secuencias de la peli e incluso dispone de tiempo para engendrar un bebé. El film tiene un toque de humor y buenos momentos de suspense, lo único que sobra es la intervención del Macho Latino **Ricardo Montalbán**, en el papel de jefe de un circo, en donde **Zira** y **Cornelius** dejan a su hijo poco antes de que los malos de la película los frían a balazos. Si alguno de ellos se salva, los simios gobernarán la tierra en el futuro, y efectivamente así sucede, por cortesía de **Caesar**, el hijo extraviado. La anécdota del rodaje fue que **Kim Hunter** y

Roddy McDowall rodaron algunas secuencias con maquillaje de simio en pleno Beverly Hills y provocaron verdaderos atascos circulatorios.



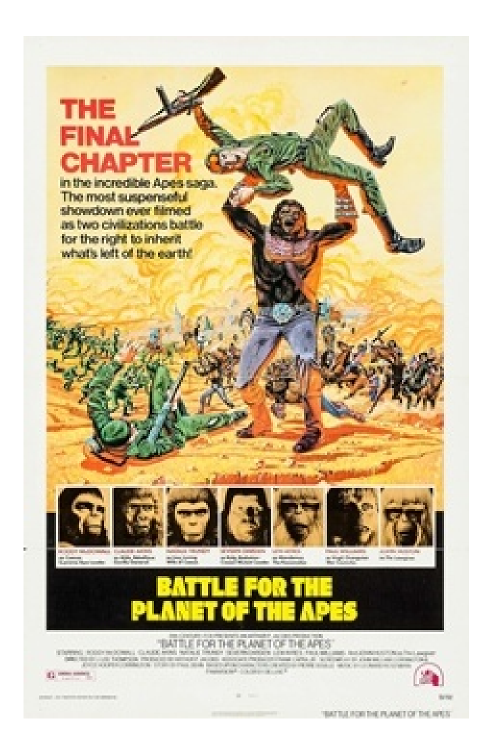
Y llegamos a la polémica cuarta parte, **“Conquest of the Planet of the Apes”**. El director, **J. Lee Thompson**, no deseaba limitarse a toda una fantasía, y tuvo los santos cojones de montarse su revolución negra particular, con monos en lugar de negros, algo que la población de color estadounidense se tomó, lógicamente, como un insulto. Esta vez, los humanos siguen dominando la Tierra, pero la situación empieza a ser anormal: perros y gatos han perecido a causa de una plaga, y los simios son usados como esclavos y como animales de compañía. El tirano, encarnado por el actor **Don Murray** (el mismo que protagonizó **“Bus Stop”** junto a **Marilyn**), cuenta con un colaborador negro que pronto se hace amigo del héroe de la peli, el hijo de los fallecidos **Cornelius** y **Zira**, **Caesar** (**McDowall**), y le ayuda a concienciar al resto de los simios para que se subleven. Así pues, **Caesar**, transformado en el **Malcolm X** de los monos, consigue que sus hermanos se alcen en armas, y la población primate acaba dominando la Tierra. ¿Y qué sucede con el negro bueno?, pues que pasa a ser la mano derecha del líder simio. Una manera como otra cualquiera de descojonarse del Black Power y de los revolucionarios negros de los 60.





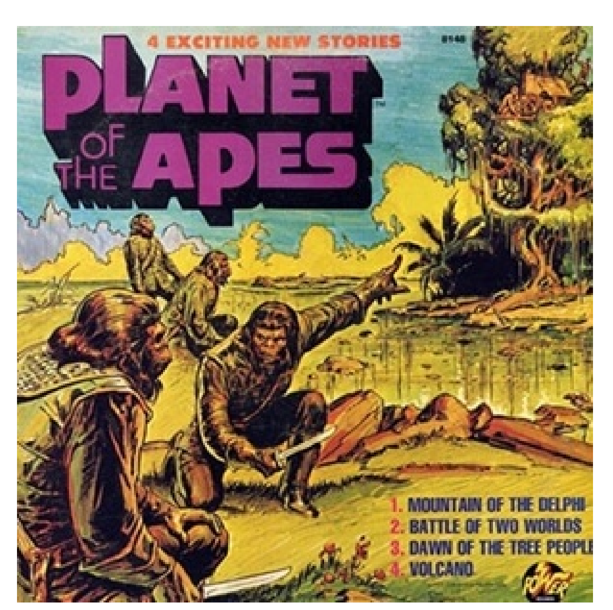


La serie de TV de “Planets of the Apes”.



Después de semejante desmadre racial, las aguas volvieron a su cauce, y la saga finalizó con **“Battle For the Planet of the Apes”**, dirigida también por **J. Lee Thompson**, en donde los pesadísimos mutantes volvían a hacer acto de presencia, y convivían en la tierra con simios y humanos. Es un film muy endeble si lo comparamos con los anteriores, pero siempre resulta entretenido ver una sociedad primate, y como detalle curioso hay que destacar que **John Huston** cedió su voz en *off* para algunas secuencias.

Y ahí acabó lo más interesante. Quienes no tuvieron bastante y necesitaron seguir devorando historias de monos, pudieron contemplar dos series televisivas, una con actores reales, en donde también trabajó **McDowall**, y otra de dibujos animados… Hasta que **Tim Burton** decidió ofrecer su propia versión de la odisea de los primates, tan innecesaria como olvidable.



Vinilo vintage de los simios.

10 REQUISITOS BASICOS PARA SER UN BUEN MONO

No todo el mundo puede encarnar el papel de un gorila, chimpancé u orangután. Existen una serie de condiciones básicas para meterse en la piel de una de esas bestias. En su día, actores de renombre como **Edward G. Robinson** o **Rock Hudson** se vieron incapacitados para transformarse en simios, al no cumplir alguno de estos requisitos. Pero, quién sabe, tal vez alguno de los que leáis estas líneas seáis capaces de afrontar el reto.

• El individuo que encarne a un gorila no puede medir más de 1’90. Los jefes de casting exigían que los actores no pasasen de 1’73 si iban a ejercer de chimpancés. El margen para hacer el papel de un orangután era un poco más flexible: 1’80 de altura como máximo.

• Tiene una enorme importancia el asunto del peso. Si un individuo nace con la ilusión de hacer el papel de orangután pero es tan delgado como **Johnny Thunders**, deberá olvidar su sueño y, como mucho, se le admitirá como chimpancé.

• Es básico tener los ojos marrones, nunca azules. Aunque ese detalle se podría falsear hoy en día con lentillas.

• El futuro simio debe saber montar a caballo.

• Es necesario aprender a andar como un mono. Muchos actores fueron descartados porque no lograban dar el pego en ese sentido.



Edward G. Robinson en su prueba
para el primer film de la saga.

• El elegido no podrá respirar por la nariz durante todo el rodaje, a causa de la pesada máscara que se le aplicará sobre el rostro. Quien no esté dispuesto a respirar sólo por la boca durante unos cuantos meses seguidos, puede olvidarse de cubrirle las espaldas al **Dr. Zaius**.

• Aquellos que sufran problemas de claustrofobia, tampoco podrán convertirse en simios. Ese problema le impidió a **Edward G. Robinson** intervenir en el primer film. El actor hizo algunas pruebas de maquillaje, y se dio cuenta de que cuando pasaba más de una hora enfundado en la máscara de simio, empezaba a sentir verdadero pánico y malestar.

• Es imprescindible no tener problemas cutáneos, o de lo contrario puedes acabar tan mal como **Ace Frehley**. El caso de **Ace** en **KISS** tiene mucha relación con la saga de los simios. El guitarrista siempre tuvo enormes problemas de alergia al maquillaje, y su estancia en **KISS** llegó a ser

dramática por momentos, aunque la fama y el poder aparentemente curan todos los males, y **Ace** sacrificó el bienestar de su piel por formar parte de la banda más espectacular de América. El equipo de maquilladores que trabajaron en los films de **“El planeta de los simios”**, trataron de facilitarles la vida a los actores en la medida de lo posible, pero lógicamente quienes tenían problemas de alergia no pudieron someterse a la tortura de la máscara y el maquillaje.

• No se aceptan individuos indecisos sexualmente. Los hombres sólo pueden hacer de monos macho, y las mujeres solo son admitidas como hembras. Además, en ambos casos, se exige ser fiel a los correspondientes estereotipos. **Boy George** jamás habría sido contratado para encarnar al **General Ursus**. Puede parecer una tontería, pero este hándicap le impidió unirse al reparto a más de un actor y actriz. Los tipos que no eran considerados suficientemente masculinos, se quedaban sin papel y las mujeres poco femeninas tampoco eran elegidas.



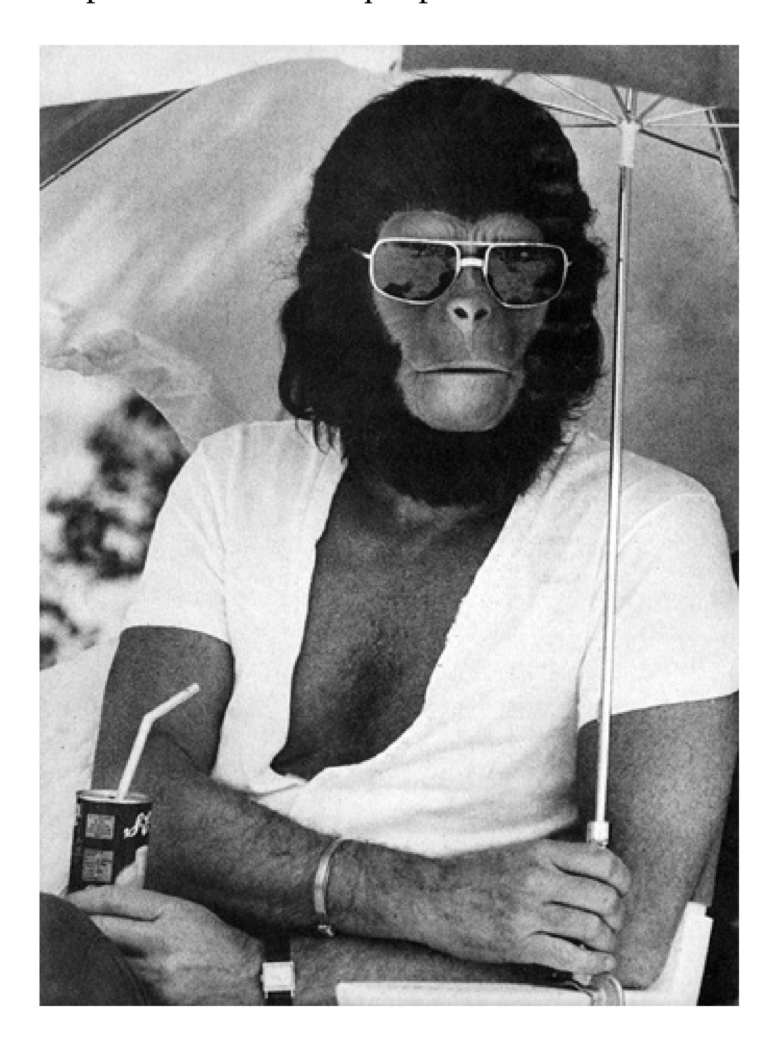
Roddy McDowall en el proceso de caracterización para la serie. 1974.

• Y finalmente, el interesado en convertirse en un simio del futuro, no debe dar el coñazo con asuntos éticos o morales. Desde el primer momento, los negros tuvieron un enorme problema con estas películas, muy justificado por otra parte, ya que existía un paralelismo muy claro (fomentado por directores y guionistas, y admitido públicamente en entrevistas) entre los

simios de ficción y la población de color. Todavía en la actualidad surgen violentas polémicas cuando se habla de ello en la sociedad norteamericana.

UN DIA EN LA VIDA DE UN HOMBRE-MONO

La disciplina diaria a la que debían someterse los actores que encarnaban a los correspondientes gorilas, chimpancés y orangutanes que deambulaban por cada film, era bastante dura. El actor era convocado en el estudio a las cinco en punto de la mañana para afrontar una sesión de maquillaje que alcanzaba las tres horas de duración. Primero le colocaban una crema protectora sobre la cara, luego le aplicaban una película adhesiva e iban dando forma a su rostro de simio, con la correspondiente máscara que se guardaba en un armario al finalizar cada jornada, y redondeaban el trabajo con los complementos necesarios para que la caracterización fuese creíble: una peluca, sombras de maquillaje bajo los ojos, pelo en la cara, pintura en los labios, orejas falsas, etc. Una vez finalizada la sesión, a las ocho, daba comienzo el rodaje, que resultaba más duro para unos simios que para otros.



Quienes se limitaban a hacer bulto, interpretando papeles secundarios, podían despojarse de sus respectivas máscaras entre toma y toma, pero los protagonistas estaban obligados a pasar el día completo disfrazados de monos, ya que debían rodar primeros planos y era muy importante respetar el trabajo que realizaban los maquilladores en el inicio de cada jornada. Eso suponía, entre otras cosas, no ingerir ningún alimento sólido durante el día, ya que las máscaras les impedían masticar (se limitaban a absorber líquidos con pajitas), y soportar el terrible calor. Tanto el maquillaje como las máscaras dejaban que el sudor saliese al exterior, pero de todas formas resultaba torturante para los actores pasar días enteros enfundados en materiales artificiales. La mayoría de ellos usaban sombreros de ala ancha para esquivar los rayos del sol y trataban de permanecer el mayor tiempo posible en lugares cerrados con aire acondicionado. La más afortunada en este sentido era **Kim Hunter** (**Zira**), que llevaba una máscara muy fina para realzar sus rasgos femeninos. Y definitivamente la gran víctima de estas odiseas cinematográficas fue **Maurice Evans** (**Dr. Zaius**), que tuvo que aguantar la máscara más aparatosa, una complicada obra artesanal pegada a su cara que le impedía incluso hablar con normalidad (todos sus diálogos tuvieron que ser doblados). El único consuelo para **Maurice** era encender un cigarrillo en los pequeños momentos de descanso que le dejaban, ¡y hasta eso le ocasionaba problemas!, ya que debía usar siempre una larga boquilla.

Como ya imaginaréis, cada día era una batalla para los actores, y cuando se despojaban de todas esas incomodidades, abandonaban el estudio exhaustos. Lo curioso del caso es que algunos de ellos le cogieron gusto a esto de disfrazarse de monos, y repitieron varias veces. El ejemplo más extremo es **Roddy McDowall**, que no se conformó con los largometrajes e intervino también en la serie de TV, una prueba clara de que este hombre nació para sufrir.